

LA MEMORIA DE UN PATRICIO

Rafael Rojas

RAFAEL ROJAS, de nacionalidad cubana, cursa estudios doctorales en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

I. Continuidad de la ideología cubana

Como las antiguas ciudades griegas, las culturas modernas glorifican a sus fundadores. El fundador de la nación es un personaje que ya no actúa en el escenario histórico. En todo caso participa de la dimensión casi divina de las mitologías nacionales. Su memoria persigue a las generaciones que lo sobreviven desde un ámbito que resulta propio y ajeno a la vez. Por eso cuando la tradición que identifica una cultura nacional se niega o se transforma bruscamente, a los ojos de quienes viven la discontinuidad se dibuja un cuadro contradictorio y desorientador de la circunstancia histórica. El afán por hacer corresponder la ideología genésica a la nueva morfología de la sociedad, y el miedo a la pérdida de los valores que aseguran el destino desde el pasado, agobian a quienes experimentan la ruptura.

La primera generación de intelectuales cubanos en el período republicano tuvo que asimilar un tránsito de esta índole. La modernización política y economía de la sociedad cubana bajo el paradigma norteamericano alteró el paisaje, la referencia, la jerarquía y el cuerpo social de toda una cultura. La que había alcanzado su máxima definición en la Guerra de Independencia de 1895-1898 y se remontaba en sus orígenes a los primeros discursos e instituciones de la ilustración cubana. La silenciosa biblioteca de la hacienda, los diálogos filosóficos en el batey, la hidalguía de una carga al machete, el paseo en una calesa por las propiedades, la visita al ingenio, a la vega, al cafetal y el romance en los palmares fueron motivos de nostalgia para esta generación. Así lo ilustran las páginas de Varona, Sanguily, Márquez Sterling, Ortiz, Vitier, Chacón y Calvo y las de intelectuales posteriores que conservaron la inercia de la extrañeza y el lamento. Esta sensación de pérdida, unida a una imperiosa necesidad de reconciliación con el presente, riega toda la obra pedagógica, intelectual y política de Ramiro Guerra y Sánchez.

El historiador cubano Ramiro Guerra nació en 1880. Apenas dos años atrás el Pacto del Zanjón había puesto fin a una

devastadora guerra de diez años entre cubanos y españoles por la soberanía de la isla. Ante el triste panorama de los campos después de la contienda, la élite ilustrada decidió rearticular la cultura política del país desde otra perspectiva. Si bien la independencia era deseable como finalidad, para lograrla no bastaba con creer en ella desde la óptica de una ideología nacional. Ante todo era necesario -pensaban los políticos cubanos- construir los pilares sociales de la economía insular en las condiciones de un gobierno provincial autónomo. La guerra, además de afectar las fuentes de la riqueza nacional, otorgaba autoridad a hombres poco ilustrados y ajenos a la oligarquía agraria. De modo que era preferible aprovechar las garantías que daba la Corona a los grupos políticos criollos para diseñar en paz un proyecto autonomista que pudiera ser aceptado en las Cortes españolas.

El autonomismo de los 80 recuperó la estrategia de las primeras figuras e instituciones del reformismo ilustrado. Arango, Saco, el Conde de Pozos Dulces, la Sociedad Económica de Amigos del País, el Ayuntamiento de la Habana, el Real Consulado de Agricultura y Comercio, se habían propuesto alcanzar personalidad e independencia económica dentro de los límites políticos de la autonomía. Reclamaban de España apertura de los mercados, suspensión de monopolios, levantamiento de barreras aduanales y aligeramiento de tributos fiscales, mientras exigían de las autoridades de la isla un estricto control racial de la población y una vehemente defensa de los intereses económicos criollos. Sin embargo, este primer autonomismo de raíz reformista, bastante perfilado ya a mediados de los 30 en el rechazo al gobierno de Tacón, contenía señales anexionistas y separatistas sin distinguirlas plenamente del proyecto central. El autonomismo posterior a la Guerra de los Diez Años se erigió sobre el supuesto fracaso práctico del anexionismo y del separatismo. De modo que sus representantes se esforzaron por alcanzar una definición doctrinal y política propia del proyecto. Durante el período en que predominó la propaganda autonomista el movimiento de ideas alcanzó una velocidad impresionante. En el periodismo y la oratoria de los autonomistas la filosofía, la ética y la política

se integraban a un mismo discurso. Para demandar alguna prerrogativa del gobierno español estos hombres buscaban fundamentos reflexivos en el positivismo, el evolucionismo, el esteticismo o el neohegelianismo y apuntalaban sus ideas con referencias a Spencer, Taine, Balmes o Krause. Después de diez años de mucha densidad épica sobrevivieron diez años de gran densidad ideológica.

En esta década y al calor de los debates eruditos del autonomismo se formó la tercera y última generación cultural de la colonia.¹ De su marca en la historia intelectual y política de Cuba dan fe los nombres de Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Rafael Montoro, Manuel de la Cruz, entre otros. Ellos dieron expresión última y fatal a la ideología cubana, en vísperas del advenimiento de la República. Por lo que pueden considerarse como una generación ubicada en el difícil margen que separa dos Cubas. La misma que hizo la Guerra de Independencia del 95 y que después tuvo que asimilar la intervención norteamericana en el conflicto hispanocubano, colaborar con el gobierno militar y aceptar la Enmienda Platt. En fin, se trata de la generación que defendió un proyecto independentista diseñado a partir de la cultura cubana colonial y tuvo que hacer funcionar las primeras instituciones modernas de una República que provenía de otra racionalidad.

¹ Cuando hablamos de tercera generación intelectual de la colonia tenemos en mente a una primera que se remonta al reformismo ilustrado de las primeras décadas del siglo. A esta generación pertenecen Francisco de Arango y Parreño, el obispo Espada, Claudio Martínez de Pinillos, el padre José Agustín Caballero y otros. La segunda generación es la que entra en actividad por los años 30 y se divide en dos grandes tendencias: una que podríamos llamar pragmática, donde predominan los temas económicos y la opción política se debate entre anexionismo y autonomismo (José Antonio Saco, Juan Justo Vélez y el conde de Pozos Dulces, entre otros), y otra que denominamos especulativa, en la que prevalecen los temas teológicos y morales, y políticamente se aproxima al separatismo (el padre Félix Varela, el padre José de la Luz y Caballero, Domingo del Monte y otros). Ambas tendencias se enlazaron dentro de los presupuestos doctrinales de la tercera generación colonial.

La forma política más acabada de la ideología independentista fue sin dudas la República martiana. Aunque clara en sus objetivos sociales, ambigua en su estructuración política e imprecisa en su programa económico, como proyecto ideológico para la toma del poder, la República martiana incorporaba lo más significativo de la cultura política colonial, que esencialmente había sido de raíz reformista y autonomista. Martí, advirtiendo la inmediata y futura gravitación de los Estados Unidos en el devenir de Cuba, temió siempre a un desenlace inesperado del conflicto. Su vinculación a la política latinoamericana revela un marcado énfasis en la rivalidad entre las culturas sajona y latina dentro del espacio americano. Por eso concibió la guerra de independencia en un sentido simbólico (en múltiples documentos de la insurrección Martí hablaba de una "guerra breve y necesaria"). Esto, más su propia formación cultural, enlazaba a Martí con la herencia reformista y autonomista. En sus debates con Martí los autonomistas llegaron a afirmar que eran cuestiones tácticas las que los diferenciaban. Para el autonomismo la independencia era el punto de llegada, para Martí era el punto de partida. Los autonomistas consideraban que el tránsito del gobierno colonial al gobierno nacional debía realizarse descansando en el status intermedio de un autogobierno provincial, en el cual se pusiera a prueba la élite que ejercería la administración en la República.

La política belicosa del capitán general y gobernador de la isla Valeriano Weyler, expresada en el engendro diabólico de la reconcentración de los campesinos orientales, provocó en los autonomistas una identificación creciente con la insurgencia. A principios de 1898, España intentó un cambio de política hacia Cuba, sustituyendo a Weyler por Ramón Blanco y Erenas y concediendo la autonomía a la isla, pero ya los Estados Unidos estaban decididos a intervenir en la guerra.

Después de la muerte de Martí y el olvido voluntario de su proyecto, la ideología independentista quedó un tanto dispersa. La guerra se realizó, con éxito para los cubanos, gracias a la autoridad de los caudillos militares y a la crisis de legitimidad que quebró al régimen colonial. En agosto de 1898, al cesar las hostilidades e iniciarse el gobierno militar norteamericano de la

isla, los cubanos estaban exhaustos y desorientados. Los primeros pasos que se dieron en la desmovilización del Ejército Libertador y la confirmación de partidos políticos, demostraron que la zozobra, la desunión y la falta de proyecto incapacitaban a los independentistas para reconstruir el país.

Por su parte, los autonomistas experimentaban una sensación parecida a la de 1878. Ante las ruinas de los ingenios, los cafetales, las vegas, los bateyes, no podían sentirse más contrariados y fracasados. Los cañaverales hechos cenizas por la tea incendiaria. De una población de 1,800,000 habitantes, no menos de 600,000 aniquilados por la guerra, el hambre y las epidemias. Los muelles portuarios abarrotados de soldados españoles que salían y soldados norteamericanos que entraban, sin expresar el más mínimo movimiento de mercancías. Las líneas ferroviarias interrumpidas. El ganado hambriento y moribundo. Los campos atravesados por muchedumbres famélicas y errantes. En fin, el panorama de la Perla de las Antillas resultaba terriblemente patético y desolador para quienes habían confiado siempre en soluciones racionales que no afectaran la prosperidad del país.

El gobierno interventor se propuso la reconstrucción económica y política de la isla. En menos de cuatro años de ocupación militar los norteamericanos aplicaron rigurosas medidas de salubridad que atenuaron la fiebre amarilla, la viruela, el paludismo, el beriberi, la tuberculosis y otras enfermedades causadas por la miseria. Se extendió la construcción de escuelas, hospitales, carreteras y demás obras públicas. Los Estados Unidos pusieron a disposición de Cuba una infraestructura tecnológica capaz de reanimar la industria azucarera en poco tiempo. Rebajaron las tarifas aduanales e incrementaron el volumen de importaciones norteamericanas, lo suficiente como para restablecer el mercado interno del país. Otorgaron bases sólidas a la moneda, distribuyeron \$3,000,000 a los soldados del Ejército Libertador mientras se creaban nuevos empleos, decretaron una moratoria de uno o dos años para el cobro de impuestos y deudas, y reformaron la legislación económica española con vistas a permitir operaciones empresariales de compañías privadas.

En la reconstrucción los generales John R. Brooke y Leonard Wood se auxiliaron de la élite ilustrada para restablecer las bases sociales de la nación. Estimularon la conformación de partidos políticos con doctrinas y programas, capaces de orientar y regir la vida del país en el futuro. En materia de educación emprendieron una profunda reforma académica que atacó frontalmente al escolasticismo secular y a la enseñanza elitista e improductiva. La figura clave de dicha reforma fue el intelectual cubano Enrique José Varona, de reconocida convicción positivista, quien fungió como Secretario de Instrucción Pública del gobierno interventor.

Para la primera generación de la cultura republicana la gestión racionalizadora de los Estados Unidos durante la ocupación militar de la isla fue un acontecimiento impactante. Esta generación (descendiente directa de la última generación colonial), en su afán por salvar la continuidad de la ideología cubana, encontró poderosas razones para temerle a la modernización bajo el paradigma norteamericano. Sin embargo, ese temor apareció siempre unido a una valoración positiva del gobierno interventor y a una franca admiración por las instituciones de la democracia norteamericana. De esta combinación resulta la doble imagen de los Estados Unidos, en tanto democracia e imperio, que se manifiesta a lo largo de toda la obra de Ramiro Guerra.

Las razones que tenían los primeros intelectuales y políticos de la República para rechazar la modernización fueron esencialmente tres: una de tipo económico, otra de tipo político y otra cultural o ideológica. Veámoslas brevemente.

1. El programa económico de la ideología cubana, desde los tiempos de Arango, Saco y el Conde de Pozos Dulces, consistía en la defensa y fomento de la pequeña propiedad agraria, la diversificación de los cultivos con el objetivo de dilatar el mercado interno y sustituir importaciones, la liberación de los mercados y de las imposiciones fiscales al comercio, y por último, la conservación del equilibrio racial dentro de la población cubana. Para los fundadores de la República se hacía evidente que con la nueva racionalidad económica que aplicarían los norteamericanos, la propiedad se concentraría al

máximo en forma latifundaria y se pondría a disposición del capital extranjero. El latifundio exigiría mano de obra barata que podría importarse de los negros haitianos y jamaicanos. La intensidad de los cultivos se consagraría a la caña de azúcar exclusivamente y el mercado y la fiscalización aduanera dependerían sólo de los Estados Unidos. Es decir, los independentistas cubanos percibieron que su programa económico se disolvía con la modernización.

2. El programa político de la ideología cubana se basaba en la edificación de una República constitucional y soberana. Los estadistas norteamericanos, desde Jefferson, deseaban la anexión de Cuba a los Estados Unidos. En tiempos de Monroe y Adams este deseo estuvo a punto de realizarse, pero el temor a una guerra con Gran Bretaña en ese momento, y a lo largo del siglo 19, los contuvo. Los patriotas cubanos, que se levantaron en armas contra los españoles en 1895, supieron que mientras el Congreso proponía el reconocimiento de la beligerancia y la independencia de Cuba, los presidentes Cleveland y McKinley negociaban con María Cristina y Alfonso XII la compra y venta de la isla. Las divergencias entre el Congreso por un lado, y la Presidencia y la Secretaría de Estado por otro, en relación con Cuba, se manifestaron claramente cuando el Congreso aprobó el 20 de abril de 1898 una Resolución Conjunta en la que reconocía la independencia de Cuba y sugería al gobierno norteamericano que, en caso de intervenir, apoyara a los insurrectos en la rápida pacificación del país y acto seguido se retirara, dejando libres a los cubanos en la reorganización de su Estado. El presidente McKinley dio órdenes contrarias al espíritu de la Resolución en su mensaje a los generales que encabezarían el gobierno interventor en la isla. Según éste, la ocupación militar de Cuba debía extenderse por varios años con la finalidad de preparar el terreno para la anexión. La oposición del Congreso norteamericano y de los independentistas cubanos a esta política logró impedir la anexión. Pero, en su lugar, se impuso finalmente una enmienda -conocida como Enmienda Platt- a la Constitución cubana, por la cual los Estados Unidos podía intervenir militarmente en la isla toda vez que el gobierno de ese país lo considerara necesario, y se atribuían el

derecho a conservar bases militares en territorio cubano con objetivos defensivos. Los ideólogos de la independencia vieron en estas maniobras una amenaza y en ocasiones una agresión a su programa político.

3. La modernización de la sociedad cubana bajo el paradigma norteamericano implicaba un profundo cambio cultural. Para una intelectualidad educada en las tradiciones espirituales hispanoamericanas, no era nada fácil asimilar el pragmatismo instrumental de la cultura norteamericana. El arraigo en la herencia hispánica de los viejos liberales independentistas chocó a principios de la República con el ímpetu sajonzante de los nuevos liberales positivistas. Se regresó al debate secular sobre la superioridad de la colonización inglesa o española, a las polémicas entre la moral protestante y la moral católica y a la disputa de las razas. La primera generación republicana se dividió en estas polémicas. De un lado los hispanizantes, muy al tanto de las obras de Rafael Altamira y Crevea, y del otro los sajonzantes, identificados con las apologías al "*self made man*" norteamericano. Las posiciones más equilibradas sobre el tema, centro de esta generación, quizás hallan sido las de Fernando Ortiz y Ramiro Guerra. Ambos no dejaron de valorar las raíces culturales en pugna, pero evitaron y condenaron el fundamento etnocéntrico que sostenía el debate.

Los motivos de temor y rechazo a la modernización, que tuvieron los primeros intelectuales y políticos de la República, fueron consecuencia de un esfuerzo por salvar la continuidad de la ideología cubana. La reestructuración de la economía, la política y la cultura del país, sobre otras base sociales, puso en peligro de muerte a los patricios cubanos. Los fundadores de la nacionalidad clamaban por un desagravio desde el pasado. A ese clamor respondió Ramiro Guerra.

II. Nacionalidad vs. latifundio

La obra inicial de Ramiro Guerra estuvo vinculada a la enseñanza de la geografía y la historia de Cuba. Su actividad en la esfera académica pronto comenzó a relacionarlo con

funciones administrativas y de gobierno. Después de la Reforma de Varona la educación en Cuba se ubicó en un lugar bastante privilegiado por los intereses estatales. La profunda transformación que sufría el país requería de visiones históricas amplias que recuperaran la imagen del pasado. A esas exigencias dedicó Ramiro Guerra sus primeros trabajos, entre los que valen destacar sus ensayos sobre la función cultural y política de la educación, las descripciones del estado de la enseñanza en los primeros años republicanos y sus obras propiamente históricas: la *Nociones de historia de Cuba* y los dos volúmenes de la monumental e inconclusa *Historia de Cuba*.

Una de las primeras intervenciones de Ramiro Guerra en la opinión pública nacional tuvo lugar en la Junta de Superintendentes de Escuelas de 1915. Su participación en dicha Junta estuvo consagrada al diseño de un curso de estudios sobre agricultura y cuestiones económicas de la historia de Cuba para las escuelas primarias elementales. La preocupación que lo motivaba en su empeño era el hecho de constatar una vehemente falta de conciencia productiva y moral económica en la población cubana. En el curso propuesto a la Junta se condenaba el latifundio y el monocultivo por considerarlos elementos contrarios a la tradición política y científica de la economía cubana y causas de la miseria nacional.

Al parecer esta idea negativa del latifundio fue consolidándose por un tiempo en la mente de Ramiro Guerra hasta convertirse en una mínima doctrina, expuesta entre mayo y agosto de 1927 en una serie de artículos periodísticos. Los 21 artículos aparecieron en la primera página del *Diario de la Marina*, periódico claramente orientado hacia el rescate de la tradición reformista colonial. Sus directores, descendientes de una rica familia asturiana, fueron desde los inicios de la República activos defensores de la imagen española en Cuba. Esto explica en gran medida que semejante diatriba contra el latifundio, el monocultivo, la dependencia del capital norteamericano y otros males de la hacienda cubana, posteriores a la soberanía española en la isla, hallan aparecido en dicho periódico.

Los artículos fueron reunidos y publicados bajo el título de *Azúcar y población en las Antillas* en el propio año de 1927. El punto de partida del profesor Guerra era una observación comparada del desarrollo socioeconómico de las colonias inglesas y españolas en las Antillas entre los siglos 16 y 19. Para esto tomó como referencia un conjunto de investigaciones sobre la economía de plantación en las Antillas inglesas que comenzaban a circular en el medio intelectual británico. Se trata de *The Colonial Agents of the British West Indies* (Londres, 1924), del Dr. L. M. Penson, *The Development of the Leewards Islands under the Restoration* (Cambridge, 1921), de C.S.S. Higham, *The Caribbe Islands under the Proprietary Patents* (Oxford, 1926), de J. A. Williamson, *A History of Barbados, 1625-1635*, (Oxford, 1926), de V. T. Harlow y *British Slavery and its Abolition, 1823-1838* (Londres, 1926), de W. Law Mathieson.

La comparación indicaba que las colonias inglesas, francesas y holandesas del Caribe (Barbados, Guadalupe, Curazao) llegaban al siglo 20 en franca decadencia económica, sin nacionalidad cultural plenamente definida y con una mayoritaria población negra. En cambio, las colonias españolas (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo) reflejaban una situación muy diferente. Las Antillas españolas habían alcanzado un crecimiento económico en el siglo 19 que les permitió constituir nacionalidades sobre bases sociales sólidas. Estas colonias, con una población negra minoritaria, a principios del siglo 20 estaban en condiciones de ofrecer un espacio fecundo para la inversión de capital agrícola. Ramiro Guerra, lejos de interpretar estas diferencias desde el presupuesto de la superioridad racial y cultural de la colonización española, encontró en el régimen de propiedad sobre la tierra, aplicado a ambas colonizaciones, la explicación de esos ciclos históricos contradictorios. Según su argumentación, la propiedad latifundaria sobre la tierra, inherente a una economía de plantación, mantuvo a los beneficiarios ingleses al margen de la territorialidad colonial por tres siglos. En este sentido, recuerda: "Barbados y demás islas próximas fueron donadas graciosamente a un magnate, el Conde de Carlisle, que residía

en Inglaterra, para que las explotase económicamente, como un feudo administrado y gobernado por sus mandatarios".²

Para ilustrar el caso de las colonias españolas, Guerra se remonta a la Real Cédula expedida en Valladolid el 18 de junio de 1513 por los Reyes Católicos, que dispuso la concesión de mercedes de tierras, caballerías y peonías a los pobladores de las colonias. Destaca la significación de la visita a Cuba del oidor de la Audiencia de Santo Domingo, doctor Alonso Cáceres, en 1574. Este magistrado estableció jurídicamente para las Antillas españolas, una práctica que se extendería hasta mediados del siglo 18: el reparto de tierras realengas a colonos y agricultores independientes por el cabildo.

Las exigencias del mercado mundial convirtieron a las Antillas en "*sugar islands*" desde el siglo 16. Tanto la colonización española como la inglesa conformaron el mercado externo de sus posesiones a partir de la prioridad del azúcar. Sin embargo, el destino de estas islas no fue el mismo. Cada metrópoli cifró el futuro de sus colonias de forma distinta. He aquí como describe Ramiro Guerra esta circunstancia:

De manera que mientras en las demás Antillas el latifundio azucarero florecía, y después de un corto período de rápido desarrollo de la población blanca acaparaba la tierra y sustituía al pequeño cultivador independiente por el esclavo, produciendo la decadencia irremediable de las islas, en Cuba, a la inversa, se apropiaba y dividía la tierra por los Cabildos entre los vecinos, creándose una numerosa clase de propietarios rurales, nativos o criollos, con muy hondas y muy firmes raíces en el suelo. En una parte se iba hacia la colonia de plantaciones, mero taller de trabajo al servicio de una comunidad distante y poderosa; en la otra, en una lenta y oscura gestación de tres siglos, se echaban los cimientos de una nueva y original nacional. El distinto régimen de apropiación y utilización de la tierra marcaba el distinto destino de las Antillas inglesas y españolas: de decadencia en

² Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 34.

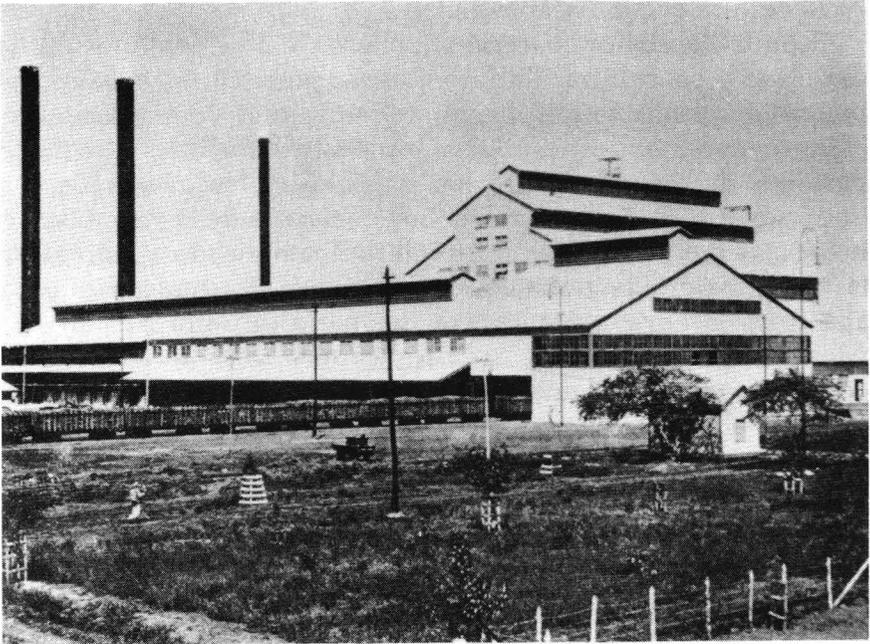
unas; de lenta ascensión, pero de ascensión, al fin y al cabo, en otras.³

Guerra reconoce que las dificultades que encontró la economía de plantación azucarera hasta finales del 18, en el espacio cubano, se derivaron del aislamiento mercantil, de los caprichos del fisco y de la hegemonía portuaria de Sevilla. Sin embargo, aplaude la paradoja de que una legislación económica, nada liberal y nada progresista para la época, haya contribuido al origen y auge de una nación con cultura y devenir propios. La paradoja, que Guerra llama "sorpresa extraña de la historia", revela el gusto de este autor por el juego valorativo con la antinomia modernidad-tradición.

A finales del siglo 18, cuando la élite criolla alcanzó su autoconciencia histórica y se propuso maximizar las utilidades y ensanchar el mercado para sus productos, ya estaba más o menos conjurado el peligro del latifundio y la plantación por tres siglos de terratenencia grande, mediana y pequeña y por una agricultura y ganadería variadas y autosuficientes. No obstante, entre las demandas iniciales de la élite cubana, recogidas por Francisco de Arango y Parreño en su *Discurso sobre la agricultura de la Habana y medios de fomentarla*, de 1792, se incluía el incremento de la trata negrera y del montaje de dotaciones esclavistas para el cultivo y producción masiva del azúcar de caña. Pero pronto la élite, liderada por Arango, vislumbró, a partir de la experiencia haitiana, la amenaza que representaba una población negra mayoritaria y tomó medidas como las restricciones a la compra de africanos y el estímulo a las inmigraciones de braceros peninsulares.

La Revolución Haitiana causó una merma considerable en la producción de azúcar y café de esa isla. La consiguiente elevación de los precios de estos productos y la retirada de Haití de la competencia mercantil favorecieron extraordinariamente a Cuba. A partir de este momento, Cuba se convierte en el principal productor y exportador de azúcar de caña para el mercado mundial. Sin embargo, hasta el advenimiento de la República, el cultivo y procesamiento fabril de la caña se

³ *Ibid.*, pp. 37 y 38.



Central Delicias en Puerto Padre, Oriente, Cuba. Uno de los grandes colosos azucareros del mundo (Foto tomada de: Vicente Báez (ed.), La enciclopedia de Cuba, Municipios: Oriente. 2nda. edición, San Juan y Madrid, Playor, S.A., 1977, Tomo 12).

mantuvieron bajo el régimen de desconcentración de la propiedad y diversificación de la agricultura. Esto permitió la formación de una clase terrateniente cubana muy amplia, de latifundistas y minifundistas ganaderos, cafetaleros, tabacaleros y azucareros. Esta clase, a la que se suman hacendados y comerciantes peninsulares e insulares, constituyó el patriciado de la nacionalidad cubana, cuya definición final en la política y en la cultura fue la independencia.

Con la República apareció el peligro de desestructuración de esa clase y su cultura. Ramiro Guerra percibió las señales del peligro en el rápido despliegue del latifundio de plantación en el agro cubano desde 1902. Grandes extensiones de tierra pasaban de las manos de los patricios a las garras de los impersonales *trusts* azucareros. Los gobiernos de la República, a instancias del mercado y el capital norteamericanos, promovían la inmigración de trabajadores haitianos y jamaicanos para abastecer la agricultura cañera de mano de obra barata. Los vacíos de mercado que sufrían esferas tradicionales de la economía cubana, como la ganadería, o las producciones de café, tabaco, mieles y frutas, más el descuido político del mercado interno, establecían cada vez más el monocultivo en la agricultura de Cuba.

El cuerpo fundamental de *Azúcar y población en las Antillas* está dedicado a describir paso a paso la implantación del latifundio en los campos cubanos, a señalar sus nefastas consecuencias sociales, económicas y políticas, y a levantar una campaña moral, que comprometiera a todas las instituciones de la nación, en su contra. La idea de esta campaña, que se proponía elogiosamente al general Gerardo Machado, presidente de la República, se expresa en la escritura de Guerra de una manera algo afectada. Por momentos aparece el latifundio tratado como pandemonio o bestia apocalíptica, y la prosa de Guerra, siempre sobria y equilibrada, se torna moralista y panfletaria. En esto, lógicamente, intervienen sus motivos ideológicos inmediatos y la necesidad de comunicarlos al poder.

Después de exponer los efectos deformadores del latifundio, entre los que enfatiza la reducción de la independencia

económica de Cuba, el empobrecimiento de la población rural, el vasallaje progresivo del cultivador independiente, la escasez de tierras, el estancamiento y empobrecimiento de las comunicaciones ferroviarias, la decadencia del comercio y la limitación del desarrollo industrial, Guerra sostiene que la racionalidad económica que se ha instrumentado en la República, bajo la asesoría de los Estados Unidos, ataca las raíces históricas de la sociedad cubana. Así lo puntualiza cuando concluye:

El proceso latifundario es un proceso de revisión de la obra histórica secular de creación de la sociedad y del Estado cubanos. Mina, socava, destruye en lo esencial y básico de la misma, la nacionalidad. De igual manera que en un campo se derriban las cercas, se borran los linderos y se arrancan las plantas y yerbas de raíz, dejando el terreno limpio y expedito para nuevas labores y distintos cultivos, el latifundio acaba con todo lo que en cuatro siglos se fundó en Cuba, reduciéndonos a un inmenso campo de producción de azúcar a bajo precio para utilidad, beneficio y provecho del consumidor extranjero...⁴

Tan sólo esa metáfora agraria y telúrica, recurrente en su escritura, nos habla de las fijaciones simbólicas de Ramiro Guerra. Al parecer hubo un margen de tiempo en la historia de Cuba y en su vivencia que lo intrigó y lo persiguió sin cesar. El de los últimos años de la sociedad colonial, con sus haciendas floridas, sus calles adoquinadas y una energía heroica en cada gesto. Una y otra vez recorrería las fuentes documentales y sus recuerdos infantiles en busca de ese tiempo perdido.

III. Nostalgia finisecular

Veinte años después de haber publicado *Azúcar y población en las Antillas*, Ramiro Guerra escribió un curioso libro titulado *Mudos testigos (Crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno)*. En él intentó historiar el mínimo espacio de un cafetal en las

⁴ *Ibid.*, p. 88.

afueras de La Habana a través del siglo 19. El cafetal y después la finca que quedó en su lugar pertenecieron a los padres y abuelos del autor. De ahí que las descripciones de la casa, de los campos, de los árboles y de la vida rústica se presenten como una recuperación de la memoria infantil.

Las vicisitudes del cafetal sugieren un correlato histórico muy amplio que registra la Revolución Haitiana, la apertura de los puertos cubanos al mercado atlántico, las mociones del parlamento inglés a favor de la abolición de la esclavitud, los precios del azúcar y el café, las guerras de independencia en Cuba, etc. Cada traspaso de la propiedad, cada cambio en el régimen de cultivos y cada técnica que se introduce en el cafetal Jesús Nazareno contienen una vastísima historicidad que Ramiro Guerra se encarga de hacer visible. Esta manera de escribir historia, enlazando eventos que suceden en dos dimensiones aparentemente desligadas, una local y la otra global, resulta en nuestros días muy familiar. Pero haberla experimentado con todo rigor documental en 1947 no deja de ser algo admirable.

La historia del cafetal Jesús Nazareno comienza en 1801 cuando un grupo de esclavos africanos, a golpe de hacha y machete, taló un bosque en las afueras de La Habana para establecer en su lugar una plantación cafetalera. 1801, año de la paz de Amiens, dio a Cuba la oportunidad de colocarse en el nivel privilegiado de la producción cafetalera que Haití acababa de abandonar bajo los efectos de la Revolución y del asedio del ejército napoleónico. Muchas familias españolas y francesas bien conocedoras del cultivo y la producción de café llegaron a Cuba por esa fecha. En ellas se apoyó el Real Consulado de Agricultura y Comercio de la Habana para aprovechar el alza en los precios mundiales del grano, provocada por la destrucción de los cafetales haitianos.

El Jesús Nazareno fue uno de esos cafetales que se fundaron a principios del siglo 19 y que ya en los primeros años de la República se encontraban en franca decadencia. La época de esplendor de este cafetal, como la de muchos en la isla, se extiende desde su fundación hasta 1847, año en que la caída brusca de los precios generada por la pujanza de otros

productores, comenzó a desplazar del mercado al café cubano. A partir de este momento, el cafetal se abrió a otros cultivos y poco a poco se fue aislando de los objetivos mercantiles del Estado. Para finales del siglo 19 el ex-cafetal Jesús Nazareno era una finca donde se cosechaba "todo lo humano y lo divino": caña, tabaco, café, plátano, yuca, boniato, maíz, milo, malanga, frijoles, calabazas, melones, piña, maní, ajonjolí, tomate, es decir, frutas, viandas, hortalizas y vegetales. Se criaban aves de corral, cerdos, carneros, vacas, bueyes. Con la leche vacuna se elaboraba un queso criollo muy elogiado por los vecinos de Batabanó. De los cerdos se salaban las carnes y se extraía manteca. En resumen, la finca, sin abarcar grandes extensiones de tierra, rendía a sus propietarios una serie de bienes que se colocaban a buen precio en el mercado habanero.

La transformación del cafetal en finca corresponde al período glorioso del patriado cubano. Ramiro Guerra, descendiente directo de ese linaje, tuvo que contemplar con dolor cómo muchas de esas fincas, bateyes y haciendas cubanas eran asimiladas por compañías norteamericanas y puestas a disposición del monocultivo latifundario en los primeros años de la República. Por eso, aunque el latifundio no debía ser tratado en una obra como *Mudos testigos* su sombra aparece como una señal negativa del presente. La nostalgia por el paraíso perdido se deja ver cuando el autor habla de variedades de mango, mameyes, nísperos y zapotes que "ya no existen", o cuando recuerda la capilla que edificaron los fundadores del cafetal de la cual sólo queda "el basamento y una cruz caída". Las ruinas y algunos árboles milenarios resultan ser entonces los mudos testigos de la crónica.

La imagen de la cruz caída agrega a la nostalgia el apego por el temperamento cristiano finisecular. La cultura republicana se presentó ante las últimas generaciones coloniales envuelta en cierto pragmatismo. Y aunque la mayoría de los hombres finiseculares eran laicistas y anticlericales, los nuevos signos de la modernización y del fetichismo constitucional no les provocaban mucho entusiasmo. Por momentos, en la obra de esta generación, la vida republicana aparece identificada con

una crisis apocalíptica de la fe y con una circunstancia en que los cubanos han perdido el favor de Dios.

Tanto *Mudos testigos*, de 1947, como *Por las veredas del pasado (1880-1902)*, una autobiografía escrita diez años después, responden a la voluntad de localizar el paraíso y la utopía cubanas en el pasado. Estas son obras relajadas, desprovistas de la minuciosa fijación en el hecho histórico que caracteriza el discurso de Ramiro Guerra. En ellas encontramos lo que Lawrence Stone ha llamado “la recuperación de la narrativa”,⁵ es decir, una actitud de renuncia a las pretensiones científicas de la racionalidad histórica y una incorporación de la memoria subjetiva al texto. Esta actitud ante el discurso queda claramente expresada en el prólogo a *Mudos testigos*. Aquí Ramiro Guerra comenta algunas ideas sobre la historia y el historiador expresadas por G.M. Trevelyan en su obra *English Social History*. Entre ellas, destaca la de que para lograr una devolución intelectual del pasado es necesario combinar curiosidad e imaginación. Recuerda que Carlyle llamaba al investigador de archivos *dryasdust* y asociaba su misión a la de un singular poeta. Así llega Ramiro Guerra a una conclusión sorprendente para lo que hasta ese momento había significado su obra: “La verdad es el criterio del estudio histórico; pero el motivo determinante de éste es esencialmente poético”.⁶

IV. Discurso histórico e intervención política

El comportamiento político de Ramiro Guerra entre 1920 y 1960 es de los más enigmáticos y controvertidos de la historia de Cuba. Sus libros, sus artículos periodísticos y sus intervenciones públicas nunca legitimaron ninguna política oficial, ni fundamentaron ningún programa de la oligarquía republicana. Se puede afirmar incluso que lo más significativo de su obra era asimilado por la oposición como un mensaje crítico contra el poder. Sin embargo, por los vínculos que siempre mantuvo con las más importantes instituciones académicas y culturales del

⁵ Lawrence Stone, *El pasado y el presente*. México, FCE, 1986.

⁶Ramiro Guerra, *Mudos testigos (Crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno)*. La Habana, Editorial Lex, 1948, p. 11.

país y por sus relaciones con políticos que habían participado en las guerras independentistas, su figura, más que su obra, siempre fue blanco de la agresividad opositora.

Los primeros ataques de la izquierda a Ramiro Guerra se dieron en vísperas de la Revolución de 1933. Presidía el país el general Gerardo Machado. En 1932 había concluido su segundo período de mandato y tenía intenciones de reelegirse haciendo aprobar una enmienda a la Constitución. Guerra, aunque bastante ligado a la generación de los 20 que lideró el levantamiento popular contra Machado, se ubicó en una posición contraria a la de los revolucionarios. Los argumentos que tenía contra la Revolución eran en lo esencial cuestiones de método, pero la intolerancia desde abajo, que en situaciones de desequilibrio es más desmesurada que la intolerancia desde arriba, vinculó la actitud de Guerra con la reacción de ciertos grupos de veteranos y caudillos asociados al gabinete de Machado.

El asunto resulta algo paradójico pues Ramiro Guerra, desde sus primeros artículos sobre el estado de la instrucción pública en Cuba hasta *Azúcar y población en las Antillas*, sostuvo una crítica bien fundamentada de las bases económicas y sociales de la República. De ahí que todo intento reformador o revolucionario en el terreno político, incluido el de los revolucionarios del 33, tomara como referencia para un nuevo proyecto las proposiciones contenidas en la obra de Guerra. Así lo reconocieron los intelectuales que participaron en los movimientos políticos contra Machado.

Algo parecido sucedió en los años 50, cuando la generación de Fidel Castro encabezó el movimiento político contra la dictadura de Fulgencio Batista. El anciano profesor Guerra, como en 1933, se opuso a la violencia y a la solución de los conflictos por la vía de las armas. Otra vez las tendencias más radicales dentro del movimiento revolucionario, particularmente los comunistas, localizaron a Guerra en la derecha y lo atacaron por su postura política "reaccionaria". Sin embargo, lo mucho o poco que sabían de historia de Cuba los miembros del Movimiento 26 de julio lo habían aprendido de las obras y las enseñanzas de Ramiro Guerra. En este sentido es

muy sugerente el hecho de que en el programa político del Movimiento, al tratar la cuestión del latifundio, se manejaran libremente las ideas de *Azúcar y población en las Antillas*, una obra escrita 30 años antes.

La fobia a la Revolución de Ramiro Guerra quizás se desprenda de sus primeras influencias doctrinales: el evolucionismo y el positivismo. La visión de la historia de Cuba que siempre defendió Guerra fue la de la génesis y evolución de una comunidad que no debía ser interrumpida con políticas bruscas. Así, el mismo rechazo que experimentó hacia la modernización norteamericana, por poner en peligro las estructuras tradicionales de la sociedad cubana, reapareció en él ante la inminencia de la Revolución. En el prólogo a su autobiografía *Por las veredas del pasado*, escrita en medio de las luchas urbanas contra la tiranía batistiana, Guerra señala: "...habremos estudiado historia en vano, a menos que nos enseñe a reforzar la esperanza con la paciencia. No debemos esperar cambios revolucionarios, sino como resultado de un proceso lento y gradual como el del natural crecimiento".⁷

Este mensaje, dirigido en primer lugar a los jóvenes que se entregaban voluptuosamente a la epicidad de la lucha clandestina, provenía de un hombre que había trascendido la noción histórica del presente. En el prólogo citado, Guerra habla de la Historia a la manera hegeliana, se refiere a ella como intemporalidad, como devenir. Propone burlar "los intrincados vericuetos del incierto presente" y alcanzar "la marcha constante en lo infinito del tiempo". Algunos pasajes de *Por las veredas del pasado* recuerdan las ideas que por entonces Sir Isaiah Berlin sostenía en *Historical Inevitability*. Guerra, escrupulosamente informado del ambiente académico inglés, había entrado en contacto con estas tesis fatalistas a través de *The History of British Civilization* de Esmie Windfield Stratford, obra que cita en dicho prólogo.

Esta manera de articular el discurso histórico que aparece al final de la vida y la obra de Ramiro Guerra nos advierte sobre la

⁷ Ramiro Guerra, *Por las veredas del pasado*. La Habana, Editorial Lex, 1957, p. 6.

presencia de dos momentos fundamentales en su historiografía. Uno que podríamos llamar de evolucionismo positivista y otro de evolucionismo místico.

En el primero, el historiador está enfrascado en la salvación de la continuidad de la ideología cubana y en el diseño de un programa alternativo para la economía de la República. En virtud de estos motivos se publicaron obras como *Azúcar y población en las Antillas*, 1927, *En el camino de la independencia*, 1930, *La expansión territorial de los Estados Unidos*, 1935, *La industria azucarera de Cuba*, 1940 y *Filosofía de la producción cubana*, 1944. En estos trabajos la mirada hacia el pasado está profundamente anclada en el presente. El discurso, aunque muy dependiente del dato y la cifra, deja ver una moralidad crítica y una voluntad de intervención en las decisiones políticas.

El segundo momento está marcado por una suspensión del sentido de la inmediatez política y por una absorta inmersión en la memoria. Aquí ubicamos, lógicamente, los dos textos que implican además una ruptura estilística: *Mudos testigos* y *Por las veredas del pasado*. Algunos artículos tardíos sobre personalidades históricas, por lo general vinculadas a la independencia de Cuba, y otros dedicados a temas de la cultura cubana, también participan en cierto modo de este evolucionismo místico.

No hemos considerado los textos académicos de Guerra, entre los que se hallan obras realmente magistrales de composición histórica como el *Manual de historia de Cuba*, *La historia de la nación cubana* y *La Guerra de los Diez Años*, porque responden a una estructura tan objetiva del discurso que resultan casi herméticas en cuanto a juicios de valor. En estos textos actúa la visión positivista de la ciencia histórica, pero sin ser reconocida como tal. Se narran los hechos sin que el autor demuestre la más mínima gravitación valorativa hacia ellos. Quizás al tratar el proceso ideológico de la nacionalidad cubana o al describir las hazañas de la guerra, se le escapan señales de simpatía y entusiasmo, pero estos escapes son infiltraciones extrañas al espíritu y la letra del discurso.

Por encima de estas clasificaciones hay algo que compromete toda la obra de Ramiro Guerra y es la localización del destino cultural de Cuba en una estancia del pasado. Para él hubiera sido motivo de ingravidez y zozobra el epitafio que cubre la tumba del Conde de Saint-Simon: "la edad dorada aguarda por nosotros en el futuro".